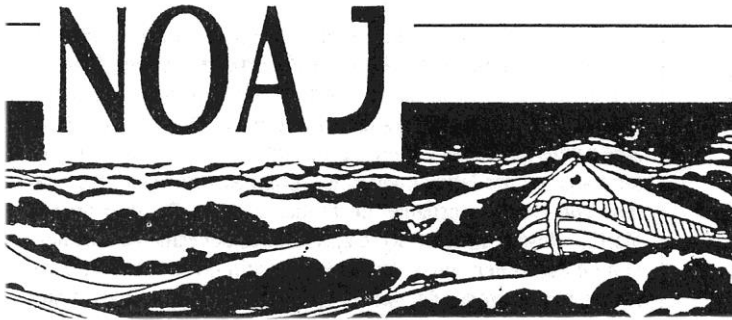




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Kovadloff, Santiago. El desafío de la madurez: Israel a los 40 años. pp. 68-73

El desafío de la madurez: Israel a los 40 años

Nació en Buenos Aires en 1942. Es poeta, ensayista, autor de relatos para niños y traductor de literatura luso-brasileña. Ha publicado, como poeta, Zonas e Indagaciones (1978), Carta abierta (1979), Ciertos hechos (1985) y Ben David (1988). Como ensayista dio a conocer Una cultura de catacumbas (1982); Argentina, oscuro país (1984); Males antiguos (1985) y Por un futuro imperfecto (1987). En 1989 publicará su primer libro de cuentos para niños: Agustina y cada cosa.

A l cabo de cuatro décadas el Estado de Israel se encuentra profundamente dividido. El drama derivado de la ocupación de los territorios anexados en 1967 infunde al conflicto árabe-israelí renovada gravedad. Una gravedad que no afecta apenas a Israel. Se trata del dilema fundamental del presente judío. De la índole de su resolución, por lo tanto, depende, en medida esencial, la idiosincrasia del porvenir de toda una cultura. Sería un acto de hipocresía conmemorar los primeros 40 años de Israel obviando esta crisis.

Y si asumimos como propia la tarea de participar en el debate generado por ese conflicto es en virtud de la inalienable interdependencia que hay entre el judaísmo israelí y el judaísmo no israelí. Tal grado de interdependencia se ha visto fortalecido por las consecuencias decisivas que para los judíos no israelíes ha tenido la creación del Estado de Israel. Una de esas consecuencias trascendentes ha sido la disolución, a partir de 1948, de la experiencia de la diáspora entendida como fatalidad histórica.

En efecto, la fundación de Israel permitió a la totalidad de los judíos dispersos por el mundo que se resolviera un anhelo incumplido durante dos milenios. Ese anhelo no fue, como pudo comprobarse, el de emigrar a Israel sino el de poder decidir si — ante la posibilidad concreta — se deseaba emigrar o no. La creación del Estado de Israel permitió optar libremente; plantearse y resolver, de una buena vez, el problema de la identidad nacional. Es pues a partir de ese instante que la diáspora, concebida como una condena, se extingue. Y, repitémoslo, no porque necesariamente todos los judíos hayan concretado desde entonces la **aliá** sino porque pudieron decidir, sin condicionamientos políticos en la casi totalidad de los

casos, si la concretarían o no. Quienes siendo judíos no residen hoy en Israel tampoco se hallan, por lo tanto, en el destierro padecido por sus antepasados. Deja de haber diáspora desde el momento en que, como lo señalara Robert Misrahi, ésta pierde su carácter irreversible. Los judíos que no se encuentran en Israel, se encuentran — salvo las referidas excepciones — donde lo han decidido y no donde se los obliga a permanecer. Y ello, por supuesto, no va en desmedro de la identidad y el fervor judíos de quienes, renunciando a una eventual identidad israelí, adoptaron o reafirmaron la nacionalidad de sus países de nacimiento o de residencia.

Israel, en consecuencia, constituye un punto de referencia ineludible para todos los judíos del mundo que perseveran, desde distintas vertientes y latitudes, en un vínculo fecundo con la tradición de sus mayores. Vale decir que, sin Israel, quienes vivimos fuera de su territorio y nos sentimos judíos, no podríamos seguir siendo nosotros mismos puesto que no seríamos los que pudieron escoger su identidad nacional reafirmando, a la vez, su fidelidad al legado espiritual de las generaciones precedentes. Tal es la revolucionaria y original transformación que impulsó el nacimiento de Israel para que fuera posible solucionar el conflicto de la identidad judía en el mundo post-diaspórico. La diáspora no se extingue, por lo tanto, si se cumple el traslado a Israel de **todos** los judíos de la Tierra. La diáspora desaparece en cambio con la irrupción de la facultad vigente para todos de elegir nuestro camino como judíos; facultad brindada, en modo eminente, por la creación del Estado de Israel.

Es pues factible para un judío de nuestro tiempo desarrollarse

como tal viviendo fuera de Israel. Pero no le será posible hacerlo viviendo de espaldas a Israel. Es que Israel ha ensanchado el sentido contemporáneo de las distintas expresiones de la cultura judía que han florecido en el mundo. Israel ha permitido, con su sola presencia, que se manifestara una necesidad nueva y la de encontrar, en cada contexto, un modo propio de ser judíos, alentando con ello la búsqueda y el hallazgo de nuevas síntesis espirituales y expresivas, como lo son hoy, entre otras, las del judaísmo norteamericano, el francés o el argentino.

Es por ello mas que evidente, para quienes formamos parte del judaísmo no israelí, cuánto le debe a Israel esta facultad de afirmarnos como judíos sin vernos obligados, para ello, a concretar la *aliá*. Para decidir no ser israelíes es indispensable no sólo que exista Israel; también es indispensable que Israel constituya una referencia constante de nuestro modo de ejercer la condición judía.

Otra consecuencia trascendente de la creación y el desarrollo del Estado de Israel ha sido el impulso por él brindado al fortalecimiento de la vertiente liberal del judaísmo en la que muchos de nosotros estamos inscriptos. Es decir que el afianzamiento de Israel como nación independiente, pluralista y democrática, hizo posible que los esfuerzos por preservar y transmitir una concepción de la identidad judía pudieran rebasar el terreno exclusivo de una práctica ritual y religiosa signadas por la ortodoxia y, de ese modo, ganar nuevas formas de exteriorización dentro y fuera del marco religioso. Entre éstas últimas está, justamente, ese judaísmo sin anclaje en el dogma, íntimamente jasídico, que exalta la libertad interpretativa de

lo sagrado tanto como de lo histórico, rechazando la sujeción a todas aquellas prohibiciones y obligaciones que la conciencia personal no acepte y refrendando la soberanía de cada cual sobre su forma de vida, opiniones y creencias. La libertad interpretativa, acláremoslo, no crece a expensas del valor de lo sagrado. Crece, en cambio, combatiendo contra quienes se arrogan la apropiación de su sentido en nombre del conocimiento de la verdad. Es decir que el judaísmo crítico florece donde queda establecida la disociación entre **el valor de lo sagrado** y el carácter sagrado que se pretende atribuir a una u otra interpretación del significado de dicho valor.

Lo sagrado, estima la actitud crítica liberal, lo es en la medida en que incita a asumir, con indelegable responsabilidad personal, la tarea de armonizar el sentido paradigmático que le es propio con la libertad que le es inherente como persona. Es indudable que el desarrollo alcanzado por la identidad cívica judía, a partir de la Revolución Francesa, ganó un nuevo espacio decisivo con la fundación del Estado de Israel, armonizando la ratificación de los derechos individuales con las obligaciones impuestas por el principio de la solidaridad social.

En los dos aspectos referidos, ciertamente, no se agota, ni mucho menos la extraordinaria riqueza aportada al humanismo judío por la creación del Estado de Israel. Pero ambos son ejemplo suficiente, por su elocuencia y radicalidad, de la hondura de esa incidencia y de la vitalidad infundida por Israel al judaísmo del siglo XX, más allá de sus fronteras como nación.

Es precisamente la aparición de renovadores modelos alternativos de vinculación con las tradiciones la que ha venido a probar

hasta dónde llega la capacidad espiritual de nuestras comunidades para poner de manifiesto, mediante distintos estilos de relación con el judaísmo, la consistencia de su unidad esencial.

Es en la misma medida en que Israel constituye un referente paradigmático para el reconocimiento y afirmación de nuestra identidad como judíos no israelíes, que cualquiera de los hechos que comprometan la calidad de vida del estado nacional judío se nos impone como un motivo ineludible de preocupación personal y comunitaria. Ello explica la intensidad con que ha calado en la sensibilidad judía mundial el conflicto de Israel con los palestinos a raíz de la ocupación militar de los territorios conquistados en 1967. En la medida misma en que, en dicho conflicto, se ven comprometidos aspectos decisivos de la concepción democrática de vida y valores definitorios del humanismo judío, la crisis espiritual que las tensiones políticas del Oriente Medio desencadenan sobre el judaísmo no israelí no puede menos que afligirnos e impulsarnos a reivindicar, junto a los sectores progresistas del propio estado judío, la necesidad de alcanzar la paz contribuyendo a la solución del problema palestino.

Es a ese problema al que Abba Eban, en un memorable artículo dado a conocer hace unos años, llamó "El problema esencial". Allí describe la situación que nos preocupa en términos que no han perdido actualidad y que, por eso mismo, resulta más que oportuno recordar en ocasión de estos primeros 40 años de vida de Israel. Dice Eban:

"En las áreas de Judea, Samaria y Gaza, habitan hoy 1.300.000 árabes y menos de 50.000 israelíes. Los árabes no pueden votar ni

ser electos en ningún nivel, no poseen ningún grado de control jurídico sobre el gobierno que determina las condiciones de su existencia, no poseen ningún derecho de apelación contra las sentencias de tribunales militares. No son libres de partir de sus tierras con la seguridad de conservar su derecho al retorno a las mismas. No están exentos de sentencias de expulsión de sus lugares de nacimiento, no poseen bandera a la cual respetar, no poseen las mismas condiciones económicas y sociales que las de sus vecinos judíos. Tampoco gozan del mismo status sus universidades y periódicos. Los 50.000 judíos y aquellos que pudieran llegar a reemplazarlos poseen un conjunto de derechos y garantías de muy diferentes características. En lugar del principio judío social básico «Tendréis una sola ley» existe una sociedad en la Margen Occidental y en Gaza, en la que los derechos de cada hombre están determinados no por su conducta o por un principio igualitario sino por su identidad étnica. Fue precisamente de esta situación que las revoluciones francesa y americana protegieron y aun salvaron a los judíos durante el siglo de su emancipación, permitiéndoles emerger de los guetos y unirse a la innovación y al desafío que el mundo exterior con toda su carga de maravilla implicaba. Esto puede ser inevitable cuando no existe un acuerdo de paz, pero no puede ser una visión sionista de la situación a largo plazo.”

Ninguna aclaración adicional exige el elocuente testimonio de Abba Eban. Los hechos, por lo demás, suman, desde el día en que sus palabras fueron redactadas, pruebas escalofriantes de la magnitud alcanzada por la política israelí vigente en los territorios ocupados. Represión jurídica, política y militar han contribuido,

El desafío de la madurez: Israel a los 40 años

aunadas, a hacer de la presencia israelí en Gaza, Samaria y Judea, un profundo contrasentido moral.

Por ello creemos que Israel tiene hoy un nuevo enemigo. Ese nuevo enemigo es el miedo a la paz. Y el miedo a la paz está encarnado por el gobierno de Israel.

Israel ha sabido demostrar en incontables ocasiones que no teme a los árabes. A los 40 años, Israel debe aceptar el desafío de la madurez y demostrar que tampoco se teme a sí mismo. Es hora de que contribuya a encontrar, en la mesa de las negociaciones, la paz imprescindible, y que lo haga con la misma decisión e imaginación con que, en el pasado, aceptó la guerra para asegurar su derecho a la existencia.

Nunca hemos confundido al pueblo palestino con quienes, en su nombre, se declararon enemigos de Israel y del judaísmo. Jamás confundiremos a Israel con quienes se declaran enemigos del pueblo palestino.

Aquellos que arrogándose la representación del pueblo palestino alzaron las armas contra el Estado de Israel saben hoy que la soberbia y el fanatismo se pagan caros. Que tampoco olvide, el actual partido gobernante de Israel, lo caro que pagan los pueblos la soberbia armada y el fanatismo.

Dijo Golda Meir en su momento: “Van a pasar los años y vamos a perdonar a los árabes el que hayan matado a nuestros hijos; lo que nunca vamos a perdonarles es que hayan obligado a nuestros hijos a matar a los suyos”. Pues bien: ese momento admirablemente descrito e interpretado por Golda Meir ya no es el momento actual. Creemos que los hijos de Israel ya no están condenados

ni a morir ni a matar. Están en cambio obligados a vivir y a dejar vivir.

Desde nuestra perspectiva, el reconocimiento, por parte de Israel, del derecho palestino a un Estado nacional propio es más, mucho más, que el reconocimiento de un derecho ajeno. Es ante todo y esencialmente, un acto de autorreconocimiento y coherencia, porque implica que sigue estando viva, en la sensibilidad de la sociedad israelí, la conciencia de su propios principios fundacionales, la memoria de los propios padecimientos, el calvario histórico de dos mil años de marginación y desprecio, y la gratitud eterna hacia quienes, no siendo judíos, tanto hicieron por la creación y la pervivencia del Estado de Israel.

El pueblo palestino no es apenas un vecino eventual del Estado de Israel. Es, entre todas las culturas árabes que circundan a la israelí, la única con la que Israel se halla emparentada por la vertiente incomparable del dolor, por la fuerza identificatoria que confiere, a quienes la sufren, una diáspora implacable; por la homologación visceral que puede establecerse entre dos sociedades obligadas, cada una en su momento, a invertir lo mejor de su energía creadora en el empeño de hacer oír sus derechos ante el mundo. Por eso, contribuir a la realización del ideal palestino de verse en posesión de un territorio propio será, a la vez, expresión de la fidelidad israelí al ideal bíblico de la solidaridad.

Por cierto, la eventual creación de un estado palestino independiente no está en manos exclusivas de Israel. Que la frustración que amenaza el logro de ese sueño justo no resulte, principalmente, de la obstinada política represiva del gobierno israelí. Es el porvenir

humanista de Israel, y con él el del judaísmo mundial, el que esencialmente verá comprometida su consistencia y su transparencia si el oficialismo israelí no logra revertir su conducta presente y se empecina en seguir marchando por la senda de la guerra reprensiva y de la usurpación territorial. Y aunque Israel logre, de ese modo subsistir material y geográficamente se habrá vaciado de sustancia en la misma proporción en que vaya concretando el sometimiento creciente de los pueblos que habitan las zonas avasalladas por la violencia de sus ejércitos. Será entonces señor de mucha tierra pero ya no será el habitante cabal de la Tierra Prometida; será el Amo pero ya no será humano; será el "Gran Israel" pero su alma será ínfima.

Hace algunos años, el poeta argentino Eliahu Toker escribió a propósito de una lógica de la paz y una lógica de la guerra, y lo hizo en referencia, precisamente, al conflicto palestino-israelí. La lógica de la paz enseña a ver en nuestros vecinos a nuestros semejantes; a los pueblos que aún no conocemos como pueblos en los que podemos llegar a reconocernos.

La lógica de la guerra, en cambio, es una lógica autoritaria y por ello intolerante, interesada en probar que nuestros vecinos, al no ser como nosotros, son menos que nosotros; que los pueblos que no conocemos son pueblos cuyos derechos no tenemos por qué reconocer. Según esta lógica de la guerra, someter a quienes nos circundan equivale a asegurar nuestra propia identidad. Para ello, recurrimos a la supresión de todas las diferencias que interpretamos como amenazantes para nosotros. Y las interpreta-

mos como amenazantes porque estimamos que comprometen la universalidad absoluta adjudicada a nuestras creencias.

En cambio, para lógica de la paz, atentar contra quienes no siendo como nosotros son sin embargo tan humanos como nosotros, equivale a atentar contra nuestra propia humanidad y a verificar, finalmente, el espesor de nuestra propia inhumanidad.

Hoy son muchos, cada vez más, quienes en Israel se han decidido por la lógica de la paz. Y con ellos hemos aprendido a decir al unísono que la realidad no nos exige optar entre palestinos e israelíes sino que nos exige aceptar — y aceptar con honda convicción — que el porvenir será de palestinos e israelíes a la vez o no será de ninguno.

Enseña el **Pirké Avot** que el cumplimiento de un precepto lleva al cumplimiento de otro precepto así como una transgresión lleva a otra transgresión.

Luchemos junto a los sectores progresistas de Israel por el afianzamiento de las condiciones propicias para la paz, lo que equivale a decir por un encuentro con el pueblo palestino. Haciéndolo y sólo haciéndolo, nuestra condición judía se fortalecerá y nuestro amor a Israel encontrará su mejor cauce.

Hace tres lustros Nahum Goldmann se preguntaba, en un libro apasionante, **¿Adónde va Israel?** Retomemos de su mano esa dramática pregunta y finalicemos estas consideraciones recordando la indeclinable vigencia de su pensamiento:

“Un Israel aislado en el mundo, y que cuente como único amigo verdadero a los Estados Unidos — y quién sabe durante cuánto tiempo — a la larga se encontrará en una situación

Luchemos junto a los sectores progresistas de Israel por el afianzamiento de las condiciones propicias para la paz, lo que equivale a decir por un encuentro con el pueblo palestino.

insostenible. Sólo un Israel en paz con sus vecinos árabes, que no constituya una permanente amenaza para la paz mundial ni se convierta en un estorbo para las demás naciones, sino que se dedique a desarrollar una magna obra de creación cultural, religiosa y social, cuenta con razonables esperanzas de sobrevivir y de contar, para su existencia, con la garantía de la opinión pública mundial.

“Este es el problema básico que Israel debe enfrentar en la actualidad. Sé que muchos de sus habitantes considerarán que mi enfoque es poco realista e ilusorio, la prédica de un visionario que pasa por alto los hechos brutales de la realidad. Pero lo mismo podría decirse del movimiento sionista y su filosofía cuando por primera vez hicieron aparición en el escenario de la historia universal mundial. El pueblo judío inició su historia con una visión, signado por el anticonformismo, por la fe en los ideales no condicionados. Durante miles de años atravesó circunstancias en que probablemente ningún otro pueblo habría sobrevivido, gracias a esos mismos elementos y fuerzas. Considero axiomático que los pueblos no pueden asegurar su futuro si rompen con los principios y elementos básicos de su pasado”.